

MISERICORDIOSOS COMO EL PADRE

ORAR POR LOS DIFUNTOS

#MisericordiaEs

Noviembre

Orar por los difuntos



<http://vicariajovenesbsas.org.a>



[/vicariajovenesbsas](https://www.facebook.com/vicariajovenesbsas)



[@VicariadeJuvent](https://twitter.com/VicariadeJuvent)  
#MisericordiaEs

## ESCUCHEMOS: JN 11, 1-7. 17-37

«Había un hombre enfermo, Lázaro de Betania, del pueblo de María y de su hermana Marta. María era la misma que derramó perfume sobre el Señor y le secó los pies con sus cabellos. Su hermano Lázaro era el que estaba enfermo. Las hermanas enviaron a decir a Jesús: “Señor, el que tú amas, está enfermo”. Al oír esto, Jesús dijo: “Esta enfermedad no es mortal; es para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella”. Jesús quería mucho a Marta, a su hermana y a Lázaro. Sin embargo, cuando oyó que este se encontraba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba. Después dijo a sus discípulos: “Volvamos a Judea”.

Cuando Jesús llegó, se encontró con que Lázaro estaba sepultado desde hacía cuatro días. Betania distaba de Jerusalén sólo unos tres kilómetros. Muchos judíos habían ido a consolar a Marta y a María, por la muerte de su hermano. Al enterarse de que Jesús llegaba, Marta salió a su encuentro, mientras María permanecía en la casa. Marta dijo a Jesús: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero yo sé que aun ahora, Dios te concederá todo lo que le pidas”. Jesús le dijo: “Tu hermano resucitará”. Marta le respondió: “Sé que resucitará en la resurrección del último día”. Jesús le dijo: “Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?”. Ella le respondió: “Sí, Señor, creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que debía venir al mundo”.

Después Marta fue a llamar a María, su hermana, y le dijo en voz baja: “El Maestro está aquí y te llama”. Al oír esto, ella se levantó rápidamente y fue a su encuentro. Jesús no había llegado todavía al pueblo, sino que estaba en el mismo sitio donde Marta lo había encontrado. Los Judíos que estaban en la casa consolando a María, al ver que esta se levantaba de repente y salía, la siguieron, pensando que iba al sepulcro para llorar allí. María llegó adonde estaba Jesús y, al verlo, se postró a sus pies y le dijo: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto”. Jesús, al verla llorar a ella, y también a los judíos que la acompañaban, conmovido y turbado, preguntó: “¿Dónde lo pusieron?”. Le respondieron: “Ven, Señor, y lo verás”. Y Jesús lloró.

Los judíos dijeron: “¡Cómo lo amaba!”. Pero algunos decían: “Este que abrió los ojos del ciego de nacimiento, ¿no podría impedir que Lázaro muriera?”».

## REFLEXIÓN

*Queremos compartir con vos estas reflexiones que se desprenden del Evangelio para ayudarte a consolar al triste, rezar por los vivos y difuntos y enterrar a los muertos.*

*No hace falta que leas todas, podés elegir las que más te interesen.*

### ¿Qué es la muerte?

¿Qué podremos decir que es morir si no más que caer en los brazos de Dios? La muerte no es otra cosa que, finalmente, recibir en plenitud ese abrazo eterno y consolador del Padre con que nos ha aguardado y reconfortado a lo largo de toda nuestra vida. Es la marca del fin de la vida terrena y el comienzo de la vida eterna. Es dejar de renacer cada día para dar paso a la separación del cuerpo perecedero de su alma inmortal y, entonces, salir al encuentro de ese Dios Amado que viene, que está aquí y nos llama. A cada uno. Con nuestra propia historia, con nuestro amor y culpas; con lo que hemos hecho por amor a Él y al prójimo, sea bueno o malo. Porque morir, en definitiva, es caer en un abrazo eterno; es caer en los brazos de Dios.

### ¿Dónde está el Cielo?

El Cielo está allí donde habita y está Dios. No es algo indefinido que existe en algún lugar por encima de las nubes. Tampoco algo a lo que se accede únicamente después de la muerte. Está en nuestros corazones y también entre nosotros, porque la vida celestial comienza con cada pequeño acto de amor, con cada primicia del advenimiento del Reino, aquí en la tierra. Por eso el Cielo no está distante, sino *presente*, como Dios. La diferencia entre el Cielo que no vemos y la tierra que sí vemos no es de espacio sino de plenitud de Amor. Bastaría tan sólo con abrir los ojos de nuestra alma para ver las maravillas de Dios, que están también aquí, en todos lados. Quienes logran acceder a esa plenitud de Amor aún en vida, aunque sea por un instante, son atraídos hacia el Cielo, logrando correr el velo (2 Cor. 3. 16) y, finalmente, *ven*. Así, quien muere, apenas cierra los ojos para ver mejor; ver a Dios y las realidades bienaventuradas que, desde siempre, nos tiene preparadas. Y ustedes, los que ven ¿qué han hecho de la luz?

### ¿Qué es el Juicio?

Cara a cara, en la intimidad profunda de la dimensión de amor que es el Cielo, no se puede ocultar ni disimular nada frente a Dios. Sus ojos llegan con su mirada siempre misericordiosa hasta lo más hondo de nuestra condición. Y Él, que es infinitamente justo, sabe que somos muy débiles, y lo tiene en cuenta. Porque ser justo, para Dios, no es otra cosa que ser misericordioso.

Esa experiencia es el juicio, y su sentencia, consecuencia de la que haya sido nuestra libre elección de vida. Así, a los que, a pesar de sus caídas, han dejado que el amor de Cristo los transforme y redima, recibirán la vida eterna y contemplarán eternamente el rostro de Dios en el

Cielo. Los que en el instante de su muerte no estén totalmente preparados y por lo tanto no sean dignos aún, se les asignará un tiempo “purgatorio” de purificación, de espera y maduración para obtener la completa hermosura de su alma. Aguardando con la esperanza de ser recibidos en la plena comunión con Dios, la oración de los fieles en la tierra y de los santos en el Cielo les sirve de ayuda. Sólo los que deliberada y consistentemente se hayan separado de Dios durante sus vidas tristemente quedarán excluidos de gozar de Su Amor eterno.

Por último, el Día de Dios, en que Jesucristo vendrá de nuevo para manifestar plenamente su Reino, resucitaremos con Él. Pero mientras dura el tiempo hasta que vuelva en su gloria, los cristianos anunciamos su muerte al mundo y proclamamos su resurrección, preparándole el camino, apresurando esta venida del Reino; Reino de justicia, de verdad y de paz.

### **¿Tenemos que tener miedo?**

La muerte inspira miedo a los Hombres, incluso a los que confían en Dios, porque la muerte significa despedida y separación. Ningún moribundo debe avergonzarse de su miedo. También Jesús temió y, en la cruz, clamó al Padre. Pero para los que mueren en la gracia de Cristo, la muerte es una participación en la muerte del Señor, a fin de poder participar también en su Resurrección. Y como el bandido crucificado junto a Jesús, todos podemos poner nuestra confianza en el Redentor que le prometió con ternura: *“Yo te aseguro: hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso”* (Lc. 23, 43). Así también, todo moribundo puede estar seguro de que el Dios misericordioso transformará todo el miedo en gozo y llenará las manos que se quedaron vacías.

El Señor también nos dice: *“No teman a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; más bien teman a Aquel que puede hacer perecer tanto el alma como el cuerpo en el infierno”* (Mt 10, 28). Nosotros conocemos a Jesús y sabemos que no hay por qué temerle. Él ve siempre y sobre todo cómo las personas se esfuerzan por cumplir la voluntad de Dios, porque no ha venido para condenar sino para salvar y dar la vida que hay en Él. Su justicia está, precisamente, en escarmentarnos con la sentencia inmerecida del perdón.

### **¿Cómo puedo alcanzar a entrar yo también a la vida eterna?**

Lo importante es amar a Dios, vivir por amor a Él y dar a los hermanos y hermanas lo que necesitan: pan a los hambrientos, agua a los sedientos, techo a los forasteros, vestido a quienes no tienen con qué cubrirse, compañía a los enfermos y encarcelados. Todos lo que hayan hecho esto lo han hecho con el mismo Jesús, aún sin saberlo.

Los otros, los que aborrecen voluntariamente a Dios, los que no cumplen su voluntad, los que se niegan por indiferencia o dureza de corazón a dar a los hermanos lo que necesitan, le niegan también a Jesús todo eso; aunque no lo sepan. Ellos mismos se excluyen así de la comunión con Dios.

En una palabra, para alcanzar el Cielo, incluso ya acá, en la tierra, es necesaria una sola cosa: ser misericordiosos como el Padre.

### **¿Por qué es tan importante para nosotros el hecho de la resurrección?**

¿De qué valen sino todos nuestros esfuerzos en esta vida si cada uno sabe que inevitablemente va a morir? ¿Por qué a uno se le concede larga vida y otro muere antes de que la vida haya comenzado realmente para él? Ante preguntas como éstas los cristianos tenemos como respuesta una esperanza que nos abre a Dios y nos permite trascender esas limitaciones, porque el día de la Pascua Dios mostró en Jesús que Él es más fuerte que la muerte y llegará la hora *“en que todos los que estén en los sepulcros oirán su voz y saldrán los que hayan hecho el bien para una resurrección de vida, y también los que hayan hecho el mal, para una resurrección de juicio”* (Jn 5, 28-29).

Por eso, cuando los cristianos proclamamos nuestra fe en la resurrección de los muertos y en la vida eterna, no pretendemos sólo consolar a los desfavorecidos y excluidos en esta hablándoles de una vida mejor en el más allá. El Reino de Dios comienza acá, en la tierra, y nosotros somos sus constructores. Nosotros sabemos que el Amor vence al odio, la misericordia al pecado, el bien al mal, la verdad a la mentira, la vida a la muerte. El que confía su vida a Jesucristo y vive unido a él puede estar seguro de que ni en la enfermedad ni en el peligro de muerte será apartado de esa comunión.

La fe en la resurrección es un elemento esencial de la fe cristiana. La resurrección de Jesús nos asegura nuestra propia resurrección, porque al resucitar Jesús vence a la muerte y nos salva de ella. *“Si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en nosotros, Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a nuestros cuerpos mortales por medio de su Espíritu que habita en nosotros”* (Rm 8, 11). Por eso, cuando murió su amigo Lázaro, Jesús afirmó a su hermana Marta lo que repite a cada varón y mujer que hoy lloran sobre la tumba de un ser querido: *“Yo Soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá”* (Jn. 11, 25).

En efecto, la vida de los que creemos en el Señor no termina, se transforma. Por eso, para el Hombre de fe, la muerte no es ya un problema, es simplemente el paso a la resurrección. Ésta no sólo precede como comienzo las resurrecciones futuras, sino que las vuelve posibles. Así, la muerte que nos llena de tristeza porque extrañamos la presencia física de nuestros seres queridos, es también la puerta a la esperanza de una vida llena en el Señor. Con esa certeza se acaba el carácter dramático de la muerte. La muerte ha sido vencida y no es ya la última palabra sobre el destino humano. Desde entonces, *“¿Dónde está, muerte, tu victoria?”* (1 Cor. 15, 55a)

### **¿Cómo será la resurrección?**

La muerte no formaba parte de nuestra naturaleza original, Dios no instituyó la muerte desde el principio, sino que se introdujo en ella a causa del pecado. Pero desde la Resurrección de Cristo, Dios se vale de la muerte como remedio para restituir lo que la vida había perdido: la Vida eterna. Así, gracias a Cristo, esa realidad siempre oscura se llena de Luz y sentido positivo porque la vida de los que creemos en el Señor no termina, se transforma.

Pero el apóstol Pablo se hace esta pregunta: “¿Y cómo resucitan los muertos? ¿Con qué clase de cuerpos?” (1 Cor 15, 35). Con cuerpos espirituales, porque el Hombre no se compone de dos realidades separables, cuerpo y alma, sino que ambos constituyen una sola realidad, interior y exterior. Al deshacernos de nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el Cielo; y si por la muerte el alma se separa del cuerpo, en la resurrección Dios le devolverá a éste la vida, ahora transformado e incorruptible, reuniéndolo con su alma inmortal.

Por eso, la verdadera liberación del Hombre no está en el abandono del cuerpo, sino en la orientación total de toda su persona hacia Dios, quedando enteramente lleno de la realidad divina, resucitando con un cuerpo espiritual. Éste es un misterio de vida y de amor que se fundamenta en la omnipotencia de Dios. Precisamente, la resurrección de los muertos es la esperanza de los cristianos; somos cristianos por creer en ella. Creamos confiadamente diciendo: “*Mi alma espera en el Señor, y yo confío en su palabra*” (Salmo 130(129), 5). A fin de cuentas, no vivimos para morir, sino que morimos para Vivir.

### **¿No todos se salvan?**

Cristo nos libera del pecado y nos da acceso a una nueva vida: «*a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos... también nosotros vivamos una nueva vida*» (Rm 6,4), porque “*Dios quiere que todos se salven y lleguen a conocer la verdad*” (1 Tm 2, 4). Por eso, luego de su propia muerte y antes de resucitar, Jesús bajó al lugar de los muertos para anunciarles a ellos también la salvación y para abrirles las puertas del Cielo a los justos que le habían precedido. Es lo que afirmamos cuando, al rezar el Credo, decimos: “*Descendió a los infiernos*”. Son precisamente estas almas santas que esperaban a su Libertador en el “*Seno de Abraham*” a las que Jesucristo liberó cuando descendió allí.

Pero también los que sin culpa suya no conocieron el Evangelio de Cristo y su Iglesia pero buscaron a Dios con sincero corazón e intentaron en su vida, con la ayuda de la Gracia, hacer la voluntad de Dios, conocida a través de lo que les dice su conciencia, pueden conseguir la salvación eterna. Por eso, aún los que mueren sin jamás haber oído el nombre de Cristo o nacen con profundas discapacidades cognitivas, por su inocencia, entrarán al Cielo al igual que cualquier Hombre de buena voluntad que haya gastado su vida en promover “*cuanto hay de verdadero, de justo, de santo, de amable*” (Fil. 4, 8).

Por eso, construyamos nuestra vida e invitemos a los demás, creyentes o no, para que la hermana muerte corporal nos encuentre a cada uno vigilantes en la oración y llenos de todo el bien hecho en el transcurso de nuestra breve o larga existencia. No tengamos dudas: muramos con Cristo y viviremos con él.

### **Cuando el Amor vence a la Muerte**

“*Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto*” (Jn 12, 24), así habla el Señor. Nosotros, sin embargo, no nacemos de un repollo. No

somos sino otra cosa que el fruto amoroso de los que nos precedieron con su cariño y ejemplo. Llevamos grabadas en nuestros corazones sus lecciones, ejemplos, palabras, caricias y, algunas veces, portamos incluso hasta sus gestos y facciones. Tomando conciencia de esto nos damos cuenta que, aunque ellos mueran, siempre los llevaremos dentro, vivos en nuestros corazones. Y anclados en esa conciencia agradecida, el dolor se transforma en gozo y podemos dar gracias a Dios por haberlos tenido, por el regalo de sus vidas, por la bendición de que nos hayan ayudado a forjar nuestras raíces.

Sólo un amor así es capaz del gran milagro de derrotar a la muerte. Nosotros sabemos, en efecto, que nuestros seres queridos ya difuntos conocen y no olvidan el mundo que dejaron atrás. Por tanto, conocen nuestras cosas, nuestros problemas, y hablan de ellos entre sí y con Dios. Hablan a Dios de nosotros y le presentan nuestras intenciones y dificultades, porque el amor que nos tuvieron en el mundo no lo han perdido en la eternidad sino que lo conservan transfigurado. Así, la expresión de santa Teresa de Lisieux: "*Quiero pasar mi cielo haciendo el bien sobre la tierra*", no vale sólo para aquella santa carmelita; vale como misión para todos aquellos que creemos están ya acogidos por la misericordia de Dios en el Cielo.

De hecho, la Iglesia comprende 3 estados ¿sabías? A nosotros, la Iglesia terrenal, que todavía peregrinamos en la tierra hacia la santidad; a la Iglesia celestial de los santos que ya están disfrutando del Reino del Padre; y a nuestros hermanos difuntos, la Iglesia purgante, que aguarda purificándose antes de reunirse con los que ya están en la gloria de Dios. En cualquiera de estos tres estados en que se hallen, todos los que son de Cristo y tienen su Espíritu están unidos entre sí en Él a través de la oración, formando un sólo cuerpo y un sólo espíritu, y fortalecidos con su Cuerpo y su Sangre en la comunión, formando una sola familia. En esta comunidad, todos se apoyan mutuamente y rezan unos por otros. Los santos del Cielo interceden por nosotros, los santos de la tierra, ayudándonos desde allá para que podamos también ser santos. Nosotros, por nuestra parte, tenemos la obligación amorosa de pedir por la santificación de nuestros hermanos vivos y por la pronta entrada de los difuntos en la gloria del Padre. Es así como, por amor y por espíritu de servicio, estamos unidos en comunión pidiendo unos por otros para que el Espíritu nos sostenga tanto en nuestra vida cristiana como ultraterrena.

### **Sobre el dolor, ese rayo que no cesa**

Este planteo que le hacen Marta y María a Jesús: "*Señor si hubieras estado aquí mi hermano no habría muerto*" es muy cierto; cuando Jesús está en medio de nuestra vida todo florece: hay luz, hay resurrección, hay esperanza. Por el contrario, qué distinta es nuestra vida cuando nos alejamos de Dios, cuando no escuchamos sus palabras, cuando ya no rezamos, cuando ya no creemos en esta promesa que nos ha hecho de la resurrección, promesa vital, clave para todo cristiano.

Pero también es necesario aceptar la dura realidad de que ese ser querido ha muerto y ya no vamos a recuperarlo en esta vida. Sin embargo, es fácil decirlo; incluso es fácil hacerlo desde la cabeza. Lo realmente difícil es aceptar con el corazón. Durante un tiempo no se lo puede creer, no queremos creerlo. Incluso a veces nos sorprendemos esperando a esa persona, buscándola, pensando que todo es una pesadilla de la que vamos a poder despertar. "*Señor, si hubieras estado aquí...*". Y sin embargo, Jesús siempre está con nosotros, está en nuestro corazón y al lado nuestro, abrazándonos en espíritu, consolándonos aunque no podamos sentirlo con nuestro cuerpo.

Ante el desgarrar de una pérdida así no sólo es inevitable sino también muy bueno y necesario permitirnos sentir ese dolor y todas las emociones que lo acompañan: tristeza, rabia, miedo, impotencia, soledad, culpa. Es muy bueno y necesario expresarlas una y otra vez. Una y otra vez. Este es el camino... hasta que nos vaciamos de ellas. Dios nos ama, nos comprende y acompaña tanto que está ahí incluso para cuando necesitamos desquitarnos con Él: "*¿no podría impedir que Lázaro muriera?*". Así de grande es su amor.

Habrán personas que dirán: "Tenés que ser fuerte". No les hagas caso. No escondas tu dolor. Comparte lo que te está pasando con Dios, con tu familia, con amigos de confianza; quizás incluso con desconocidos. No guardes todo por miedo a cansar o molestar. Busca aquellas personas con las cuales puedes expresarte tal y como estás. El amigo que está en silencio con nosotros, en un momento de angustia o incertidumbre, que puede compartir nuestro pesar y desconsuelo, y enfrentar con nosotros la realidad de nuestra impotencia, ése es el amigo que realmente nos quiere. Pero aún si no quieres mostrar tus emociones a otros o no tienes con quién, busca otras maneras de darles salida: ir al cementerio, hablar con la fotografía de ese ser querido, escribir en un diario íntimo.

Sin embargo, llega un momento en que sabes que es necesario dejar atrás el dolor y el pasado ¡Eso no quiere decir olvidar o abandonarlo! Sino comprender que el dolor no tiene que ser lo que nos mantiene unidos a nuestro ser querido. Necesitamos soltar el dolor para que esa persona sea quien ocupe el lugar que le corresponde en nuestro corazón, allí donde el amor que nos tuvimos está intacto para siempre y del que nos podemos sentir agradecidos. Jesús, en una oportunidad, le dijo a alguna viuda de Naím precisamente aquello que una madre que acaba de perder a su único hijo no quiere escuchar: "*No llores*" (Lc 7, 13). Y, sin embargo, vemos que ante el dolor de Marta y de María por la muerte de Lázaro, Jesús mismo rompe en llanto. «*¡Cómo lo amaba!*» decían quienes vieron llorar al Dios hecho Hombre, y comprendieron su dolor; el dolor de un Dios Hombre con el coraje suficiente para atreverse a llorar por amor. Él mismo le había dicho a aquella viuda



“No llores” al compadecerse de ella porque sabía que el dolor de haber perdido a quienes amamos no debe empañar la alegría de haberlos tenido. Al final de una vida siempre está aguardando la Resurrección.

### **¿Qué puedo hacer con ese dolor?**

Los judíos que habían ido a consolar a Marta y a María, al ver salir corriendo de la casa a una de las hermanas, pensaron que iría a llorar al sepulcro. Ellos seguían anclados aún en una mentalidad que sólo ve dolor y angustia en la muerte. María, en cambio, percibe cercana la presencia del Señor, se aparta del sufrimiento y sale a su encuentro cuando aún estaba lejos. Sólo cuando nos permitimos soltar ese inmenso dolor podemos permitirle a nuestro ser querido ocupar el lugar que le corresponde en nuestro corazón, allí donde el amor que nos tuvimos está intacto para siempre y del que nos podemos sentir siempre agradecidos.

Necesitamos entender que ellos no están lejos, sino que cada uno está presente con Jesús en el silencio de cada sagrario y en todo altar en donde se celebra la Eucaristía de la Misa. En la Eucaristía está Jesús mismo Resucitado, está la fuerza de su Resurrección y, con Jesús Resucitado, están presentes todos los Santos, todos los que murieron en el Señor. Están presentes con su adoración y con su amor por Jesús, que es también amor por nosotros, que estamos alrededor de la Eucaristía. Tenemos en la fe, en la oración y en la Eucaristía, el medio, el lugar y el ambiente para una comunicación real de amor con nuestros seres amados difuntos.

Jesús nos propone vivir, desde el amor, una pobreza afectiva que nos muestre cómo, al entregarlos y dejarlos partir, los ganaremos y los conservaremos en nuestro corazón (Mt 16, 25) para siempre. Consagrándolos a Dios los retendremos, porque en Dios tenemos todo. De igual manera Jesús debió, a fin de quedarse con nosotros para siempre, ascender al Cielo. “*No me retengas, debo subir al Padre*” (Jn 20, 17) le advirtió entonces a María viendo la alegría de quien, habiéndolo perdido, cree poder retener al amado aferrándose a él en lugar de ofrecérselo al Cielo. Después de todo, todo en esta vida es regalo, don inmerecido, gracia gratuita de Dios y, como Job, llenos de confianza amorosa debemos decir: “*Dios me lo dio, Dios me lo quitó, bendito sea Dios*” (Job 1, 21). Por eso, no amemos con amor posesivo, sino oblativo. Sólo así podremos, sin poseer a nadie, disfrutar de todos. Huyendo del amor egoísta y entregándonos al desafío de amar con un amor generoso y gratuito seremos capaces de soltar lo que amamos y ofrecernos nosotros mismos en la muerte y más allá de ella, entendiendo que somos sólo Suyos, porque a Dios nos hemos dado para siempre, y él triunfa sobre la muerte.

### **Cuidar y celebrar el propio cuerpo y la propia vida**

En estos tiempos hay no pocos y tristes ejemplos de seres humanos considerados “basura”, cuya dignidad inviolable no es respetada. Hay quienes ven avasallada su voluntad,

cuya libertad es descalificada, cuyo modo de vida es desacreditado o inhumano. Hay innumerables muestras de desprecio infligidas al cuerpo humano de la mano de la eugenesia, el aborto, la eutanasia y toda clase de discriminaciones, incluso irrazonables como la obesidad, el color de la piel, el tamaño de la nariz o de las orejas, y un largo etcétera que muchos tratan de evitar recurriendo a todo tipo de cirugías. Y si bien hay personas que mueren en la ancianidad, tras una vida colmada, también mueren niños y jóvenes por accidentes y catástrofes, por enfermedades, hambre y frío ¡Sólo Dios sabe cuántos miles mueren por la dureza de corazón de sus semejantes, que no quieren compartir con ellos el pan y las medicinas, las tierras y la casa, o por la violencia de los que prefieren hacer la guerra en vez de buscar la paz!

Leemos en los evangelios que también el cuerpo humano asumido por Jesús sufrió indecibles tormentos y dolores, una cruentísima y sangrienta flagelación, coronación de espinas, caídas, golpes, torturas y finalmente los dolorosos clavos que perforaron sus manos y sus pies en la cruz... No podemos negar que pueda existir en alguien el deseo de acompañar a Cristo en sus dolores, pero cabe aclarar que la recta penitencia cristiana no consiste en lastimar el cuerpo, ni en hacerle heridas, sino simplemente en provocarle una incomodidad para ofrecerla por todos nosotros, pecadores. Se trata más que de imponer algún límite al cuerpo con el fin de hacer una entrega al Creador de algo lícito y bueno, como un modo de acercarnos a Él a través del sacrificio.

Y nadie se extrañe que los cristianos hablemos de sacrificio para acercarnos a Dios cuando cualquier atleta o modelo tiene que someterse a tantos sacrificios en dietas, entrenamientos, privaciones, aún de cosas buenas y lícitas para lograr un estado apropiado para la competición o un cuerpo que se luzca sin un kilogramo de más en la pasarela. Sin embargo, sorprendentemente no pocos hombres y mujeres hoy pasan alegremente por encima de los sacrificios para someterse, en nombre de una pretendida belleza o de simple gusto personal, a todas clase de heridas corporales con el objeto de tatuarse o realizarse algún piercing. Y si continuamos con las agresiones que padece hoy en día el cuerpo humano “con todo derecho”, podríamos agregar las aberrantes torturas que algunos sadomasoquistas se infligen mutuamente con pretensiones de obtener placer erótico.

El error no está, por ejemplo, en consumir alcohol -Jesús celebraba siempre con buen vino-; ni la virtud, en abstenerse por completo de él. Lo importante está en si lo hacemos sanamente, de forma centrada, cuidando nuestro cuerpo; o si esas actitudes son apenas un síntoma de nuestros vacíos, tristezas o miedos interiores. Nuestro cuerpo es un bien preciado que Dios nos ha concedido. No podemos hacer de nuestro cuerpo un dios, pero tampoco una basura. Los cristianos amamos nuestros cuerpos, los defendemos y cuidamos. Pero una cosa es amar el cuerpo y otra idolatrarlo. El placer y la complacencia no son malos en sí mismos, sino únicamente cuando son puramente vacíos de contenido y descentrados del sentido que les corresponde. No podemos olvidar que, si la "carne" es la representación de toda nuestra debilidad humana, el "cuerpo" es la totalidad de su ser. La existencia entera, es para glorificar al Señor, para llevarla a la plenitud. Por eso no se trata tanto de enfocarse en combatir los vicios y

defectos particulares que pueda tener, sino de entender que la plenitud de la persona está destinada a la unión y glorificación de Dios.

Por eso “honrar a los muertos” y “rezar por vivos y difuntos” también se trata de cuidar la vida (no reduciéndolo solamente a luchar contra el aborto); se trata de cuidar y celebrar la propia y la de los demás. Después de la inevitable disolución que producirá la muerte en el mismo, cuando se efectúe la resurrección final, nuestro cuerpo irá a gozar de la delicia y alegría inefables de ver a Dios, con nuestros propios ojos. Sabemos que nuestros cuerpos resucitarán, esa es nuestra fe, por eso cuidamos nuestro cuerpo, lo alimentamos, lo higienizamos. Él es nuestro compañero de viaje hasta el último día de nuestra peregrinación terrena e, incluso, con este cuerpo hemos de ver un día a Dios cara a cara.

### **Cuidar y celebrar el amor**

Cuidar el cuerpo no es un antojo, sino una obligación importante. Pero más importante es cuidar el amor para que sepa desprender, como el perfume que María derramó sobre el Maestro, una fragancia distinta cada día cuando el cuerpo se marchita. Porque resulta que a veces nos asalta con demasiada fuerza la intriga de saber qué puede pasarle al amor cuando la belleza se retira. Pero seamos sensatos: si el amor fuera imposible con el paso del tiempo, sólo nosotros, los jóvenes, podríamos vivir enamorados, y eso es un engaño tenebroso.

Es verdad que honrar el cuerpo amado no ha tenido siempre una interpretación feliz en la historia del cristianismo, influido durante demasiado tiempo por la filosofía de Platón. Sucede que, como los griegos fueron los primeros en decir todo lo que se dijo después, sus ideas se proyectaron en el nacimiento de nuestra religión y hubo épocas en las que el cuerpo no mereció mucho aprecio, a veces, ninguno. A las ideas de los griegos se sumaron las herejías que juzgaban al cuerpo como algo malo, transmitiendo ese concepto a la sexualidad. Nosotros sabemos ahora que el amor no es un goce alucinante de erotismo pasajero, sino un placer perdurable del cuerpo y del espíritu, que abarca todas nuestras dimensiones y es capaz de potenciar todas nuestras cualidades: los afectos, la inteligencia, los sentimientos, el arrojo, la voluntad.

La persona -cualquier persona- es una unidad de cuerpo y espíritu. El Hombre no goza por pedazos, es todo el Hombre el que goza, el que padece y el que muere. Afortunadamente, también es toda la persona la que ama, y no puede sino amar a otra persona en su totalidad. Por eso, el amor más genuino es el que honra toda la memoria de su ser amado, sin importarles cuánto ha cambiado en su apariencia, porque sólo un amor comprometido puede seguir amando cuando el destinatario de su amor ha cambiado tanto que en él poco queda para reconocer aquello que antes fe. El amor más genuino es aquel capaz de conservar el cariño incluso sobre los despojos del amado, porque la fidelidad es eterna y trasciende el tiempo, la distancia, la apariencia e, incluso, la muerte.

### **Cuidar y celebrar los despojos del amado: santuarios vivos del que Resucitó**

La obra de misericordia de enterrar a los muertos responde a la compasión y el respeto debido a los cuerpos de los fieles difuntos que sirvieron como instrumento para llevar a cabo muchas obras buenas. Desde el principio, los cristianos han deseado que sus difuntos fueran objeto de oraciones y recuerdo de parte de toda la comunidad cristiana. Sus tumbas se convirtieron en lugares de oración, recuerdo y reflexión. Esa conmiseración respecto a su memoria favorece el recuerdo y la oración por ellos, custodiando la comunión entre los vivos y los muertos.

Siguiendo esta antiquísima tradición cristiana, la Iglesia recomienda insistentemente que los cuerpos de los difuntos sean sepultados en los cementerios u otros lugares sagrados como la forma más adecuada para expresar la fe y la esperanza en la resurrección corporal. Enterrando los cuerpos de los fieles difuntos, la Iglesia confirma su fe en la resurrección de la carne, y pone de relieve la alta dignidad del cuerpo humano como parte integrante de la persona.

Por otra parte, además de la piadosa costumbre de sepultar el cadáver de los difuntos, la cremación del cadáver no está prohibida cuando se lleva a cabo sin poner en duda la fe en la resurrección de los cuerpos, puesto que no toca el alma ni impide a la omnipotencia divina resucitar el cuerpo. Pero igualmente las cenizas del difunto, por regla general, deben mantenerse en un lugar sagrado, es decir, en el cementerio o en una iglesia. No está permitida la conservación de las cenizas en el hogar, ni ser divididas entre los diferentes familiares, tampoco su dispersión en el aire, en la tierra o en el agua o en ninguna otra manera, ni su conversión en recuerdos conmemorativos, en piezas de joyería o en otros objetos.

Nosotros no entendemos la muerte como una anulación definitiva de la persona, o como momento de fusión con la Madre naturaleza o con el universo, o como una etapa en el proceso de re-encarnación, o como la liberación definitiva de la “prisión” del cuerpo. Desde que el Verbo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo, tomó carne humana y vivió entre los hombres, compartiendo nuestra condición, debilidades e incluso la misma muerte, el cuerpo ha sido considerado por los cristianos “templo de Dios”, digno de respeto, con el cual llegaremos a la Vida Eterna. Entonces, es obligación de quienes dejamos atrás el custodiarlos hasta aquel día.

De esta manera, enterrar a los muertos y rezar por ellos nos enseña que la muerte, en el fondo, no es otra cosa que celebrar el paso a la Vida, y que dolernos por esa muerte es saber apreciar el conservar la propia vida. Pero además de honrar la memoria, de agradecer y celebrar su vida de cada unos de nuestros seres queridos difuntos, sus cuerpos en sí tienen importancia. Quizá más que en cualquier otro caso, cuando respetamos el cuerpo de los difuntos, lo respetamos a Jesús, porque cada uno de nosotros somos suyos y miembros de su Cuerpo. Él mismo nos dice: *“Cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo”* (Mt 25, 40).

## COMPROMISO PARA EL MES

Para el mes de **Noviembre** te proponemos el gesto de “**Orar por los difuntos**”.

La muerte de un ser querido deja, casi siempre heridas. Es una obra de misericordia estar cerca de los que sufren por estas muertes.

La compañía y la oración de intercesión son las dos acciones que logran devolver la esperanza en medio del dolor. Son los gestos del mismo Jesús.

A través de ellos, Él se abre paso para sembrar la certeza de la Vida eterna dentro del hueco que la pérdida deja abierto.

**¡Cuando le suceda al otro, estate cerca; cuando te pase a vos, dejate abrazar!**

**Y siempre, rezá.**

## EN NUESTRA VIDA

### *PLATOS CAYÉNDOSE*

Te dejamos un video que puede servirte para reflexionar sobre la fuerza de la Vida que nace de la muerte y cruz de Jesús...

Acordate que donde hablamos de “pecado”, no hablamos de nuestra culpabilidad, ni desde el juicio o desde la condena moral, sino desde un corazón humilde que reconoce las veces que vive dentro de la “falta de amor” y que, por eso, recibe y abraza la misericordia de Dios que nunca se agota y que vence a la muerte.

<https://www.youtube.com/watch?v=KGlx11BxF24>

Quedate con las preguntas: **¿qué buscás? ¿qué relación querés tener con Jesús?**

## CON LOS DEMÁS

Estamos recorriendo el último mes del año santo de la Misericordia y, en el gesto de “Orar por los difuntos”, la Iglesia nos ofrece la posibilidad de realizar **una acción concreta para interceder y pedir con fuerza** que muchos de ellos se encuentren en la presencia plena de Dios.

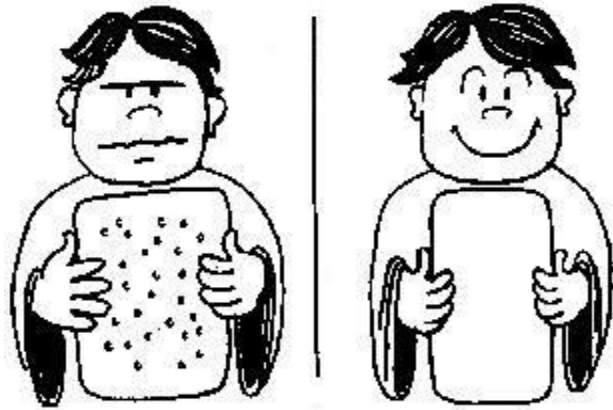
Acá te dejamos la propuesta para las **indulgencias** en este año de la Misericordia.

### ¿QUÉ ES UNA INDULGENCIA?

La palabra "indulgencia" significa *perdón de una deuda*.

El pecado es todo aquello que lastima y nos separa de Dios. Para graficarlo de manera sencilla podemos usar esta imagen: el pecado es como un clavo que penetra en la madera. El sacramento de la Reconciliación, pero algunas marcas quedan. La indulgencia es como el "resanador" que repara las marcas y deja la madera como nueva.

Cuando alguien recibe una indulgencia queda como recién bautizado. Y al igual que el bautismo, **esto no se trata de un logro personal, sino de un regalo que nos hace Dios** porque sí, porque quiere, porque su Misericordia es infinita y porque su Amor no tiene límites.



*SI QUERÉS, PODÉS PEDIR ESTE REGALO PARA ALGÚN DIFUNTO...*

*¿CÓMO?*

Definí un día en tu agenda y destiná un rato para practicar estos 4 gestos:

- 1. La Reconciliación.** *Buscá en ese encuentro, dar un paso más de conversión en tu vida.*
- 2. La Comuni3n.** *No te pierdas a Jesús en la Eucaristía*
- 3. La oraci3n por las intenciones del Papa.** *Ofrecé un Padre Nuestro, una Ave María y un Gloria, y ofrecerlas por las intenciones de Francisco.*
- 4. Llevar adelante cualquiera de las siguientes obras:**
  - a. Ir en peregrinaci3n a un lugar santo y allí participar de la Misa.*
  - b. Cruzar una Puerta Santa y quedarte rezando un rato.*
  - c. Hacer una obra de misericordia. Puede ser cualquiera de las propuestas que fuimos trabajando estos meses.*

## EL EJEMPLO DE LOS SANTOS

### SAN BENITO DE NURSIA

San Benito, fundador del monasterio de Monte Cassino y gran legislador de la práctica monástica de Occidente, nace con su hermana gemela Escolástica, en Nursia, hacia el año 480.

Finalizados los primeros estudios, viaja a Roma; disgustado por las malas costumbres, lo abandona todo y se retira entre las solitarias áreas rupestres de Subiaco y se entrega a la vida ermitaña *«soli Deo placere cupiens»* —como escribe su biógrafo San Gregorio Magno: deseando complacer solamente a Dios.

Atraídos por su santa vida, algunos monjes que moraban en los alrededores, lo requieren con insistencia como su superior y maestro: Benito acepta, pero en cuanto trata de corregir su conducta, no muy ejemplar, atentan contra su vida con una copa envenenada que él rompe al bendecirla con el signo de la cruz.

Después de haber constituidos doce pequeños monasterios, San Benito deja Subiaco y se dirige hacia Monte Cassino, acompañado por algunos discípulos. Allí, San Benito completa la implantación de su Regla de los monjes, un *«pequeño compendio del Evangelio»*. Siempre en Monte Cassino, el gran Patriarca, cercano a los setenta años, cerrará su existencia terrenal.



La cruz que posee su medalla es conocida como “La Cruz de la Buena Muerte”, no sólo debido a las propiedades exorcistas de la medalla y la imagen del Cuerpo de Cristo, sino también por el patrocinio especial de San Benito basada en su muerte. El Papa San Gregorio Magno describe su muerte en uno de sus diálogos:

*«Seis días antes de dejar este mundo, él dio órdenes para que su sepulcro se abriera y al instante cayó en una fiebre intermitente, que lo quemaba. Y cuando ya la enfermedad aumentaba día a día, en el sexto día mandó a sus monjes a llevarlo al oratorio, donde recibió el Cuerpo y la Sangre de Cristo nuestro Salvador y su débil cuerpo, después de haber sostenido las manos de sus discípulos, se levantó con sus propias manos y las levantó hasta el cielo, y como estaba en modo orante, entregó su espíritu».*



San Benito es el patrono de la buena muerte. La indulgencia plenaria se concede en las condiciones habituales para alguien que, en la hora de su muerte, bese, acaricie, o haga otra reverencia al crucifijo, y encomiende su alma a Dios.



## UN CUENTO

LA LUZ Y LAS PUPILAS, POR MAMERTO MENAPACE

«*Felices los afligidos porque serán consolados*» (Mt 5, 4)

En el encierro de nuestra pequeña geografía familiar, bajo la abundancia de luz de nuestra lámpara de mesa, nuestras pupilas se habían ido reduciendo. Esa presencia tan cercana de la luz, esa necesidad casi inexistente de esfuerzo para nuestras pupilas las fueron reduciendo en su búsqueda, haciéndolas receptivas sólo en una mínima parte de su inmensa capacidad de visión.

Por eso, al apagarse al luz familiar y al entrar bruscamente en la noche del camino, la oscuridad nos parece abrumadoramente espesa. Uno llega a creer que en la noche no hay nada de luz. Uno sabe por intuición y por memoria, de la existencia de las cosas, de los árboles, de los charcos del camino. Pero en ese momento, en el tiempo de transición, todas las cosas carecen de realidad y confunden sus formas en esa carencia absoluta de luz.

Es entonces cuando la mirada busca instintivamente el cielo. Porque el hombre lleva metida hasta en su sangre la verdad de la relación entre luz y cielo. Pero hay veces en que el cielo está nublado. Y cuando el cielo está nublado, todo se ve más oscuro. Y sin embargo nuestros ojos rastrean el cielo, tratando de tomarlo al menos como fondo sobre el que se pueden distinguir las formas borrosas de los árboles y de las cosas de dimensiones mayores.

Frente a lo espeso de la oscuridad, nuestros ojos buscan al menos el borroso contorno de los objetos familiares como punto de referencia. Y en esa búsqueda de las cosas con el cielo como trasfondo, poco a poco nuestras pupilas se van dilatando. Se va despertando en nosotros esa capacidad adormecida de percibir la gran luminosidad adormecida en de percibir la gran luminosidad difusa en toda noche. Al rato uno se sorprende del aumento de luz. Y tal vez lo único que ha sucedido, es que ha aumentado nuestra capacidad de percibirla. Y con ello las cosas van recuperando su concreta realidad, y nosotros la alegría y libertad de movernos entre ellas.

Si esa noche avanza hacia el amanecer, entonces, junto al dilatarse de nuestras pupilas, el horizonte crece también en luminosidad, y uno participa de la alegría profunda de sentir en la mañana crecer alrededor de uno y en uno mismo, al colaborar en su construcción.

A una pareja de jóvenes amigos acaba de apagárseles la pequeña lámpara familiar. Se les ha muerto un hijito. Y sin embargo ese hijito les ha enriquecido el corazón con muchas verdades que ellos han leído en las cosas, ayudados por su luz. Porque la lámpara familiar regala al corazón muchas verdades que son material de rumia cuando los ojos se adentran en la noche.

¡Quisiera, Señor, que estés junto a ellos, noche adentro, en este tiempo de rumia! ¡en este tiempo del dilatarse de sus pupilas! y que junto a Vos caminen

unidos hacia la alegría del amanecer, que devolverá su verdad a cada cosa y a cada hombre la alegría de vivir, al sentir sus manos comprometidas en el trabajo, en la vida y en el amor. Mientras se dilatan sus pupilas, alumbrales, Señor, las manos, para que puedan seguir creyendo en la vida.

“Si gastás tu noche llorando la puesta del sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas” (proverbio árabe).

## UNA ORACIÓN

Te dejamos una oración para que puedas con ella rezar y reflexionar

### NO LLORES SI ME AMAS

*«¡Si conocieras el don de Dios y lo que es el Cielo! ¡Si pudieras oír el cántico de los Ángeles y verme en medio de ellos! ¡Si pudieras ver desarrollarse ante tus ojos los horizontes, los campos eternos y los nuevos senderos que atravieso! ¡Si por un instante pudieras contemplar, como yo, la belleza ante la cual todas las bellezas palidecen!*

*¡Cómo! ¿Tú me has visto, me has amado en el país de las sombras y no te resignas a verme y amarme en el país de las inmutables realidades? Créeme; cuando la muerte venga a romper las ligaduras, como ha roto las que a mí me encadenaban, y cuando un día, que Dios ha fijado y conoce, tu alma venga a este Cielo en que te ha precedido la mía, ese día volverás a ver a aquel que te amaba y que siempre te ama, y encontrarás tu corazón con todas sus ternuras purificadas.*

*Volverás a verme, pero transfigurado, en éxtasis y feliz, no ya esperando la muerte, sino avanzando contigo, que me llevarás de la mano por los senderos nuevos de la luz y de la vida, bebiendo con embriaguez a los pies de Dios un néctar del cual nadie se saciará jamás. Enjuga tu llanto y no llores si me amas...*

*Lo que éramos el uno para el otro, seguimos siéndolo. La muerte no es nada. No he hecho nada más que pasar al otro lado. Yo sigo siendo yo. Tú sigues siendo tú. Lo que éramos el uno para el otro, seguimos siéndolo. Dame el nombre que siempre me diste. Háblame como siempre me hablaste. No emplees un tono distinto. No adoptes una expresión solemne, ni triste, sigue riendo de lo que nos hacía reír juntos. Reza, sonrío, piensa en mí, reza conmigo. Que mi nombre se pronuncie en casa como siempre lo fue, sin énfasis alguno, sin huella alguna de sombra.*

*La vida es lo que siempre fue: el hilo no se ha cortado ¿Por qué habría de estar yo fuera de tus pensamientos? ¿Sólo porque estoy fuera de tu vista? No estoy lejos... tan solo a la vuelta del camino ¿Lo ves? Todo está bien... Volverás a encontrar mi corazón, volverás a encontrar su ternura pura. Enjuga tus lágrimas y no llores si me amas» .*

(San Agustín)

## UNA CANCIÓN

Este mes queremos compartir con vos una de las creaciones de los más grandes genios creativos de nuestra Arquidiócesis de Buenos Aires: el Padre Enrique “Quique” Carriquiri, feliz y joven sacerdote, “artista, pensador, bohemio higiénico y prima de otra luz” -como le gusta describirse-, que nos invita a reflexionar sobre la realidad de la muerte desde la perspectiva del Amor y de la Vida.



Yo soy la Vida  
(acustico).mp3

***Hacé click acá y escuchá la canción!***

*YO SOY LA VIDA, POR EL PADRE QUIQUE CARRIQUIRI  
(TEMA OFICIAL DEL DÍA DE LAS PARROQUIAS 2012)*

*«Conmovido y turbado ante el dolor del ser humano  
Vos quisiste estar a nuestro lado.*

*“¿Dónde lo pusieron a este que ahora está muerto,  
mi amigo, y creatura?”*

*Y nosotros te mostramos siendo Vos ahora humano  
lo que es morir y llorar desgarrado.*

***Vos nos decís bien fuerte hoy:  
“Yo soy la Vida,  
todo el que cree y vive en mí  
no morirá jamás, vivirá” (x2)***

*Yo soy la Verdad que les dará la libertad,  
van a encontrar la paz en mis palabras.*

*Yo me hice camino para tus pasos guiar  
Crean esto y abran sus ojos a mirar*

*Quiten esa piedra y ya nunca den por muerto  
o perdido por siempre a nadie más».*